

Sumario:

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II puso en primer plano una característica fundamental de la liturgia: ella es salvación en el "hoy", en el aquí y ahora de la Iglesia. El presente artículo analiza esta realidad apoyándose en la teología de la liturgia que preparó la reforma y continuó, impulsada por el Concilio, ahondando en sus raíces y, sobre todo, en sus consecuencias para la vida sacramental y celebrativa del pueblo de Dios. Se detiene en la concepción cristiana del tiempo y en la categoría bíblica de "memoria" para presentar la liturgia como actualización del misterio pascual de Cristo, y a la Iglesia, asamblea celebrativa, como contemporánea de la salvación en su concreto aquí y ahora, ofreciendo a partir de ello algunas pistas para la celebración.

El hoy de la Salvación en la Liturgia

P. Guillermo Rosas, ss.cc.

Nacido en Santiago de Chile en 1954. Religioso y sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María (Picpus). Doctor en Sagrada Liturgia por el Pontificio Ateneo Sant'Anselmo de Roma, en 1995. Profesor de Liturgia en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de la Comisión Nacional de Liturgia de la Conferencia Episcopal de Chile. Autor de varios capítulos y miembro de la comisión redactora del Manual de Liturgia del CELAM. Profesor del ITEPAL.

El antiguo filósofo Heráclito ya decía que nunca se regresaba dos veces al mismo río, aunque aparentemente nada o casi nada cambiase. Su famosa afirmación se puede decir también de la liturgia: nunca se celebra dos veces la misma, aunque todo parezca repetirse. Ello acontece porque en la celebración cristiana se viven dos aspectos, esencialmente unidos: uno mutable, determinado por el devenir y las culturas, y uno inmutable, que está siempre presente como contenido y espíritu de la liturgia. En el rito mismo estos dos aspectos están tan estrechamente unidos que sólo un esfuerzo analítico puede distinguirlos. Ambos son los actores principales de ese extraordinario fenómeno que es la presencia del misterio salvador de Cristo cada vez que la Iglesia celebra, sobre todo la eucaristía. Lo pasado se hace entonces actual con toda su fuerza redentora y objetiva.

Así como la teología no puede sino hablar de la salvación del ser humano, también la liturgia, –que desde los inicios de la Iglesia es considerada la primera *theo-'logía*, el primer logos sobre Dios que brota en el cristiano¹–, no puede celebrar otra cosa que la salvación. Y así como la teología, como disciplina que “da razón de nuestra fe”, no tiene verdadero sentido si no es para iluminar el *aquí y ahora* de la Iglesia peregrina y de la humanidad redimida por Cristo, tampoco la liturgia tiene sentido si no celebra la redención en el *hoy y aquí* de la asamblea.

Hoy es el día de la salvación, como proclama la liturgia: *hoy* nace Jesús en Belén; *hoy* pasa por nuestros caminos rurales y calles urbanas predicando palabras de vida y de perdón, sanando enfermos

700

¹ La idea de la liturgia como “theologia prima” pertenece a la antigüedad cristiana, sobre todo de Oriente. Cf MARSILI Salvatore, voz *Teología litúrgica*, en *NUEVO DICCIONARIO DE LITURGIA*, Ed. San Pablo 1983, V y XI y XII.

y resucitando muertos, haciendo presente el reinado de Dios y alentando la esperanza de los pobres y sufrientes; *hoy* celebra la pascua con sus discípulos; *hoy* muere y resucita, regala su Espíritu y asciende al cielo; *hoy* salva, *hoy* libera, *hoy* redime...

La revelación del Dios de Jesucristo es histórica, va acompañando y jalando el desarrollo de la humanidad desde la creación hasta la parusía, en cada etapa de su vida. Dios se revela en el tiempo y salva en el tiempo. Él, que es creador y dueño del tiempo y del espacio, “encarna” en el devenir de la creación y las criaturas su fuerza salvadora. La pone al servicio del hombre en el *hoy* de cada época, de cada vida humana, y en el *aquí* de cada persona y de cada pueblo. En esa experiencia única, fugaz pero absolutamente real que es el presente, el *hoy* de la existencia individual y colectiva del ser humano, Dios irrumpe con su llamado y su poder salvador. Lo que para el hombre es imposible porque el pasado no puede regresar, ni el futuro adelantarse, es posible para un Dios que es *siempre*, que es *hoy*, que es *aquí y ahora*.

La liturgia ha expresado esto desde sus inicios, en continuidad con el culto judío. Más que cualquier otra actividad del creyente, es la celebración litúrgica el espacio y el tiempo del *hic et nunc*, el aquí y ahora de la gracia, el *hoy de la salvación*. Por la representación de un misterio que no está sujeto al tiempo, sino que lo trasciende, la liturgia se hace *contemporánea* de los hechos salvíficos fundamentales, los acontecimientos de la pascua de Jesucristo. El *hoy* fugaz de la existencia humana adquiere así una consistencia única al participar de la vida divina, no sujeta al tiempo y su fugacidad, y conecta a la comunidad celebrativa con el *siempre* que es el *hoy* definitivo del reinado de Dios futuro.

La Constitución Sacrosanctum Concilium del Vaticano II, hablando sobre la naturaleza e importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia, afirma que para realizar la obra de salvación “Cristo está *siempre* presente en su Iglesia, *sobre todo en la acción litúrgica*”².

² Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia, SACROSANCTUM CONCILIIUM 7 (de aquí en adelante SC). El destacado en cursiva es nuestro.

Es *sobre todo* en la liturgia donde (y *cuando*) el misterio pascual de Cristo, –síntesis no sólo de su propia vida, obra y mensaje, sino de toda la actividad redentora de Dios, desde la creación hasta la parusía –, se hace presente y se actúa en favor del hombre. El “sobre todo” le da a la liturgia una importancia singular dentro de la vida creyente, pero que como dice el Concilio, “no agota toda la actividad de la Iglesia; pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión”³, y que vivan como discípulos del Señor en todas las dimensiones de su existencia. En la totalidad de esa vida creyente, individual y comunitaria, plenamente humana, la liturgia es aquella “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”⁴.

El más reciente de los manuales de ciencia litúrgica reduce a tres, en el capítulo dedicado a la epistemología litúrgica, las dimensiones de la celebración:

1. la dimensión **histórica**, es decir la *intrínseca conexión de la liturgia con la historia de la salvación*;
2. la dimensión **comunitaria**, en el sentido que allí donde se ritualiza (y reactualiza) la alianza, el sujeto es el pueblo (la comunidad);
3. la dimensión **mistérica**, designando así la *modalidad en la que se da el evento salvífico en la celebración*⁵.

Tanto en la dimensión histórica como en la mistérica hay una explícita afirmación soteriológica: en la primera se afirma la “intrínseca conexión” entre liturgia e historia de la salvación, y en la tercera se denomina “mistérica” a la modalidad en la que se da la salvación en la liturgia. Más adelante se analizará más en detalle la atingencia de esta exposición.

³ SC 9.

⁴ SC 10.

⁵ Cf. VV.AA., *SCIENTIA LITURGICA, Manuale di Liturgia*, dirigido por Anscar Chupungco, OSB, vol.II, Liturgia Fondamentale, p.20. El destacado en cursiva es nuestro.

No obstante todo lo anterior, no es siempre fácil comprender (nivel racional) ni experimentar (nivel experiencial) la actualidad salvífica de la liturgia. Comprenderla requiere adentrarse en la concepción bíblica del tiempo y de la salvación de Dios y en el desarrollo teológico posterior de esos elementos. Experimentarla requiere no sólo de la fe, sino de una vivencia cristiana que integre adecuadamente el sentido de la encarnación, es decir de la irrupción de Dios en las categorías de su propia creación. Es imposible celebrar la fuerza de la salvación en el hoy de nuestra vida si se la concibe como algo anclado en la atemporalidad e inaccesibilidad de Dios, cuando lo propio de su revelación es precisamente la historicidad de su acción redentora, la temporalidad y accesibilidad de su acción salvífica.

La comprensión de la liturgia como *hoy* de la salvación tiene sus fundamentos en la idea cristiana del tiempo, en el carácter histórico de la salvación, en la mediación sacramental y simbólica como clave de la liturgia, en la propia revelación de Jesús y en la acción del Espíritu Santo.

El tiempo, historia de la Salvación

La comprensión bíblica y cristiana del tiempo es el primer pilar sobre el que se construye la fe en el *hoy* de la salvación en la liturgia. Para la fe bíblica, el tiempo no es el mero devenir de las cosas y de los hombres, como si fuera un continente neutro de los acontecimientos que se suceden. Creado por Dios, el tiempo mismo está lleno de Dios, que va revelando paso a paso su voluntad, su amor y su poder salvador. El tiempo cristiano es historia, es decir, tiempo que pasa por la conciencia humana y se hace memoria y esperanza, proceso y crecimiento a lo largo de los días, de los años y de los siglos.

Sobre todo, el tiempo cristiano es historia *de la salvación*, es decir conciencia del pueblo de que su Dios es liberador, que su proyecto para la creación es la plenitud de la vida y del gozo. El tiempo es la vía por la cual transita la gracia de Dios salvador, el camino de la alianza de amor entre Dios y su pueblo desde la primera palabra creadora hasta la parusía.

De tal modo, la historia de la salvación no es sino la historia de la automanifestación de Dios, que se revela a sí mismo en el despliegue de su actividad salvífica en favor de su pueblo. El tiempo está grávido de Dios, de su promesa, de su acción redentora. El tiempo está en manos de Dios, y es por eso que él lo puede hacer y lo hace cauce de su amor, de sus manifestaciones liberadoras, de su presencia y de su gracia. Pero Dios mismo no está, como la creación, condicionado por el tiempo, “preso” en él. Dios es atemporal, no en el sentido de que no intervenga en el tiempo, sino en el sentido de que no está determinado por él, como lo está su creación. Dios es Señor del tiempo y de la historia, de las horas y los siglos. Él es *siempre, ahora y hoy*, sin diferencia.

La historia de la salvación tiene su ápice en el advenimiento histórico de Cristo, desde la anunciación a María, hasta la ascensión, es decir, lo que constituye la presencia encarnada e histórica de Dios. Y dentro de la vida terrena de Jesús de Nazaret, su pasión, muerte y resurrección constituyen la plenitud de la revelación de Dios, la palabra definitiva. En esos acontecimientos están concentradas, por así decirlo, todas las intervenciones salvíficas de la historia de la salvación, y la plenitud de la revelación de Dios. La pascua de Cristo es el misterio principal de la fe y de la liturgia de los cristianos.

Por eso la liturgia no celebra, en definitiva, sino ese misterio pascual, principalmente en la eucaristía, pero no sólo en ella sino en todos los demás sacramentos y acciones de culto. La multiplicidad de celebraciones cristianas, por diversos que sean sus objetos más explícitos y visibles, tiene siempre una referencia esencial al misterio pascual. Sin él no habría verdadera liturgia cristiana.

Por su parte, el año litúrgico de la Iglesia estructura la totalidad del misterio de Cristo en el curso de un año solar, *año favorable del Señor*; tiempo de salvación mesiánico, que si bien se repite cíclicamente, progresa al mismo tiempo hacia la parusía, como una espiral que une el círculo y la línea en un solo movimiento. Su carácter mistagógico, que ha sido puesto de relieve en la reflexión posconciliar, no consiste en ser un mero método formativo, sino precisamente en introducir al creyente a través de los sacramentos y la liturgia, en un proceso de asimilación del Evangelio e identificación con Cristo que



va construyendo la “nueva creatura” salvada del pecado y de la muerte. El año litúrgico, *hoy de la salvación*, tiene también un claro carácter soteriológico.

El tiempo, sea el breve lapso de una celebración litúrgica, sea el curso del año o el devenir de los siglos, es para la concepción cristiana un tiempo denso, habitado por Dios desde el inicio hasta el fin, presente permanente de su amor salvador. Es *kairós*, momento de gracia, irrupción del favor de Dios en la historia humana. El año litúrgico es el permanente *hoy* de la salvación porque es el tiempo en el que la liturgia despliega la totalidad del misterio de Cristo.

“Hagan esto en Memoria Mía”

Memoria: Categoría basilar de la liturgia

La esencia del presente litúrgico está en el concepto bíblico-teológico de “memoria” o “memorial”. Es la palabra castellana derivada del latín, que traduce el griego *anámnesis*, que significa recuerdo o memoria⁶.

En la tradición bíblica lo propio de este término es que “lo” recordado se hace *presente*. El recuerdo no es una mera evocación mental del hecho del pasado histórico, sino que el mismo hecho se hace actual en la memoria de él. La misma obra de salvación celebrada se hace presente y eficaz de un modo nuevo. Lo que se llevó a cabo una sola vez de forma histórica, natural, se vuelve a hacer presente, cada vez que lo celebramos⁷.

Pero la categoría de memorial no es del Nuevo Testamento. Ya en el antiguo se halla el concepto de *zikkaron*, que también significa memoria, conmemoración, con un claro significado del *hoy* de la

⁶ En nuestra lengua, varios términos se usan como sinónimos para describir el concepto de fondo: memoria, memorial, conmemoración.

⁷ Cf. KUNZLER, Michael, *La Liturgia de la Iglesia*, p.122. Se trata del núcleo de la concepción de Odo Casel, tal como ha sido asumido por la teología de la liturgia del Vaticano II.



obra salvadora divina en el culto israelita. Así, el tratado sobre el Talmud dice que “en cada generación el hombre está obligado a contemplarse a sí mismo como si hubiese salido de Egipto”⁸. Los que celebran el culto son *contemporáneos* de las acciones salvíficas de Jahvé, que representan en ritos y palabras.

La terminología que se usa para explicar esta presencia de un hecho del pasado en un acto de culto del presente, incluye los verbos *actualizar*, *presencializar*, *re-presentar*, y los sustantivos *presencia*, *presencialización*, *contemporaneidad*, *actuación*, *actualización*. Una cierta torpeza terminológica no hace sino poner de manifiesto la dificultad de expresar adecuadamente lo que se quiere decir. Porque todos esos términos pretenden explicar un hecho que escapa a las categorías de la razón humana: que el acontecimiento pascual de Jesucristo, acaecido una sola vez en la historia, se hace actual y ejerce su fuerza redentora cada vez que se repiten los gestos y palabras de Jesús en la institución de la eucaristía.

La fracción del pan hecha “en memoria” de Jesús tiene toda la fuerza del contenido de estos términos. Lejos de significar “en recuerdo mío”, “en memoria mía” equivale a *“para que mi pascua salvadora se haga presente en medio de ustedes”*. La fuerza sacramental de la eucaristía está en la presencia del misterio pascual de Cristo, que en la evocación memorial produce en la asamblea la misma salvación de la pascua histórica en su *hoy y aquí*.

Juan Pablo II expresa, refiriéndose a la eucaristía, esta misma idea en los siguientes términos: “La misa hace presente el sacrificio de la cruz, no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial, la «manifestación memorial», por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo”⁹.

⁸ Citado por KUNZLER, op. cit., p.123.

⁹ Cf. *Ecclesia de Eucharistia* 12.



Liturgia e Historia Pospascual

La liturgia cristiana pertenece a la etapa pospascual de la historia de la salvación. Es la liturgia de la Iglesia, del pueblo de la nueva alianza. ¿Qué relación tiene con los hechos salvíficos definitivos que acontecen en Jesucristo?

Sabemos que ella no es un mero recuerdo piadoso, una celebración en la que la asamblea litúrgica haga referencia subjetiva a hechos salvadores del pasado, sino una actualización objetiva –independiente, por lo tanto, de las disposiciones subjetivas, de la comprensión intelectual y de la voluntad de quienes celebran– de aquel núcleo al que se puede reducir toda la obra de salvación: el misterio pascual de Cristo. Es ese misterio y su fuerza salvífica el que se despliega en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la eucaristía y los demás sacramentos.

Dos aspectos de la teología de la liturgia están en la raíz de su comprensión como *hoy de la salvación* y merecen una mirada más cercana.

El misterio pascual continúa en el misterio del culto cristiano

Fue mérito del monje y sacerdote benedictino alemán Odo Casel (1886-1948) el haber contribuido, en el contexto del movimiento litúrgico de la primera mitad del siglo XX, a resituar la liturgia en el corazón mismo del cristianismo. Su aguda y profunda reflexión sobre el misterio pascual, conocida como “teología de los misterios”, superados los aspectos polémicos, tuvo una influencia determinante y duradera, cuya expresión madura es la teología litúrgica que se expresa en el primer fruto del Vaticano II, la constitución Sacrosanctum Concilium.

Casel partió en su reflexión del sentido paulino del “Misterio de Cristo” como se halla especialmente en la Carta a los Colosenses, y estudió asimismo los “misterios” culturales que había en el mundo religioso profano de los primeros siglos del cristianismo, notando que en ellos, de forma análoga a la fe cristiana, no se hacía presente



un mero recuerdo de la acción celebrada, sino que *esa misma acción* se hacía actual con toda su fuerza salvadora.

El misterio del culto cristiano es el *hoy* del misterio pascual de Cristo. La fe de la Iglesia ha afirmado siempre que la fuerza salvífica de ese acontecimiento se hace presente en el culto cristiano. Éste es la representación litúrgica “en el misterio” de la obra salvadora de Dios en Jesucristo. Dice Casel:

“¡He aquí algo inaudito y paradójico! No hemos muerto de manera real, ni hemos sido sepultados ni clavados en la cruz, ni hemos resucitado, sino que hemos *imitado en figura* estas cosas y hemos obtenido la salvación de manera real. Cristo sí que realmente fue crucificado y sepultado y resucitó. A nosotros todas estas cosas nos han sido dadas por gracia, a fin de que, siendo *partícipes, en figura, de sus sufrimientos*, ganásemos verdaderamente la salvación”¹⁰.

El misterio pascual es un hecho del pasado que “excede cualquier posible cognición (o comunicación, o participación) de tipo teórico y abstracto”, y “no puede generar una pura doctrina (dándose en ella exhaustivamente), sino que debe ayudarse de «símbolos» que son modos necesarios de expresión de los misterios y siendo, por su naturaleza, actores (portadores) del evento al que hacen referencia, son también ellos «misterios»”¹¹.

Así, el misterio de Cristo y el misterio del culto se identifican. La liturgia no es un hermoso recuerdo de un pasado cuya fuerza salvífica ya no es posible hacer presente. La diferencia entre el misterio histórico pasado y el misterio litúrgico presente consiste en que el segundo es la representación simbólica del primero. Esta diferencia concierne, por lo tanto, sólo al modo de ser, no a la esencia misma del misterio¹².

708

¹⁰ CASEL Odo, *El misterio del culto en el cristianismo*, Cuadernos PHASE 129, Centre de Pastoral Litúrgica, 2002, p.15.

¹¹ Cf. *SCIENTIA LITURGICA*, *op. cit.*, p.24.

¹² *Ibidem*, cita de E. Ruffini.



Esta doctrina de Casel, en línea con la teología de los padres de los primeros siglos de la Iglesia, que él estudió profundamente, tuvo una gran influencia en el vasto movimiento que puso las bases de la reforma litúrgica del Vaticano II, de la que Casel fue por lo tanto un lúcido precursor¹³.

Por su parte, Salvatore Marsili, benedictino italiano, llevó adelante el pensamiento de Casel –quien falleciera en 1948– acuñando para la liturgia la definición de “*momento de la historia de la salvación*”. La economía salvífica, dice Marsili, halla su punto de máxima concentración y de total cumplimiento en el misterio de Cristo (tanto su realización histórica como su actuación litúrgica), porque la liturgia es la celebración memorial de ese misterio, y como tal hace siempre presente aquello que se celebra¹⁴.

La humanidad de Jesús fue el primer “momento” de revelación y actuación del misterio de Cristo. La liturgia será desde entonces el “momento” perennemente presente de ese misterio en la vida de la Iglesia, hasta la venida definitiva del Señor.

La historia de la salvación continúa de modo particular en la liturgia, donde la fuerza salvífica del misterio de Cristo actúa a favor de la asamblea. Los mismos eventos salvíficos del pasado, hechos presentes por la ritualidad de la celebración, actualizan para los creyentes la salvación de Dios. No hay, una vez más, diferencia esencial entre aquéllos y la liturgia, sino en el modo de ser.

La liturgia es salvación en acto

Por otra parte, pertenece a la estructura fundamental de la liturgia cristiana su carácter simultáneo e inseparablemente *catabático-sotérico* (salvación) y *anabático-latrúutico* (glorificación)¹⁵. La constitución

¹³ Cf CASEL Odo, *Il Mistero del culto Cristiano*, Prefacio a esta edición italiana, escrito por Salvatore MARSILI o.s.b., p.7ss.

¹⁴ Cf MARSILI Salvatore, voz *Teología litúrgica*, en el *NUEVO DICCIONARIO DE LITURGIA*, Ed. San Pablo 1983, XII, 4, d.

¹⁵ Cf KUNZLER, op. cit., p.33s.



Sacrosanctum Concilium afirma dos veces explícitamente este doble carácter de la liturgia, a la que llama “obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios”¹⁶.

Toda acción litúrgica es, a la vez, *salvación de Dios y glorificación del creyente*. Esta estructura esencial, que constituye el dinamismo interno de toda celebración, expresa claramente el carácter salvífico de la liturgia, que acontece cada vez que la Iglesia glorifica a Dios en la celebración de la fe. *Cada vez*: es decir en el “hoy y aquí” de cada asamblea celebrativa. La oración sobre las ofrendas de la misa vespertina de la Cena del Señor (Jueves santo) lo expresa así: “Concédenos, Señor, participar dignamente en estos santos misterios, pues *cada vez que celebramos* este memorial de la muerte de tu Hijo, *se realiza la obra de nuestra redención*”¹⁷.

El hecho de que la salvación acontezca en la liturgia no significa, desde luego, que lo haga *sólo* en ella. La salvación es en cierta forma el aliento de Dios, que dinamiza libremente toda su creación, y se hace presente sin restricciones, dónde, cuándo y cómo Dios quiera.

Por eso, como se ha recordado más arriba, la constitución Sacrosanctum Concilium afirma que “la sagrada liturgia *no agota toda la actividad de la Iglesia*; pues para que los hombres puedan llegar a la liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión”¹⁸. La vida de los creyentes es mucho más vasta que el momento celebrativo, y en toda ella es posible que Dios irrumpa, por la acción del Espíritu Santo, con su fuerza salvadora en el hoy y aquí de los cristianos.

Pero quedando firme esta constatación, la constitución dice que “no obstante, la liturgia es la *cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza*. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en

¹⁶ SC 5 y 7.

¹⁷ El destacado en cursiva es nuestro.

¹⁸ SC 9. El destacado e cursiva es nuestro.

medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la Cena del Señor”¹⁹.

Se puede afirmar, en consecuencia, que el carácter salvífico del momento litúrgico (¡“momento de la historia de la salvación!”), goza de la misma intensidad e importancia que se atribuye a la liturgia como *cumbre y fuente* de la vida cristiana, aunque ello no niegue ni disminuya la acción salvadora de Dios presente en cualquier otra actividad o momento de la vida del creyente. Es lo que explica la importancia que la Iglesia ha atribuido tradicionalmente al bautismo, al perdón sacramental y a la comunión a los moribundos en el orden soteriológico. Son sacramentos cuyo “hoy de la salvación” es de primera importancia para la vida de fe de los creyentes.

“Contemporáneos” de la Cruz y la Resurrección

Una reciente alusión, terminológicamente muy sugestiva, al tema del hoy de la salvación, se debe al Papa Juan Pablo II en su última carta encíclica, “Ecclesia de Eucharistia”.

En la eucaristía, escribe el Sumo Pontífice, *“Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa «contemporaneidad» entre aquél Triduum y el transcurrir de todos los siglos”* (EdeE 5)²⁰.

Esta contemporaneidad está en el centro del espíritu de la liturgia. Sin ella nuestras celebraciones serían como las fiestas profanas, que recuerdan un hecho pasado o una persona ya muerta. Siempre se podrá decir que ese hecho del pasado tiene consecuencias en el presente, o que la obra de la persona ya fallecida continúa hoy día. Pero nunca se podrá decir que el mismo hecho se hace actual, ni menos que la persona recordada está presente en la celebración, que es lo que se afirma del misterio de Cristo presente en el misterio cultural.

711

¹⁹ SC 10. El destacado en cursiva es nuestro.

²⁰ El destacado en negrilla es nuestro.

La contemporaneidad de la que habla el Papa no es, por todo lo dicho antes, un asunto meramente temporal, cosa que por lo demás sería imposible: ¿Cómo podríamos ser, según la determinación temporal a la que estamos sujetos como criaturas, realmente contemporáneos de los acontecimientos de la vida de Jesús? Humanamente hablando, sólo podemos recordar el pasado, vivir en el presente las consecuencias de las acciones de nuestros antecesores, pero jamás traerlo a nuestro presente.

La contemporaneidad de la que habla el Papa, por lo tanto, se sitúa en otro nivel, precisamente el del “misterio” cultural, y por ende en el nivel soteriológico: somos contemporáneos de los hechos salvíficos de Jesús, y en la liturgia nos hacemos *hoy* destinatarios de la salvación que Cristo regala en su muerte, en su resurrección, y en cada uno de los episodios de su vida en los que despliega la presencia del Reino: los cojos andan, los ciegos ven, los oprimidos gozan de su libertad.

La contemporaneidad de la asamblea con los eventos salvíficos de Jesucristo, es así un fundamento del *hoy* de la salvación en la liturgia cristiana.

El Espíritu Santo y el Hoy de la Salvación

“El Espíritu santo actualiza el Misterio de Cristo”, afirma el Catecismo de la Iglesia Católica²¹. La presencia y acción del Espíritu es el don que anuncia Jesús a sus discípulos antes de morir (Jn 14, 15-17; 15, 26; 16, 7.13-15), y el que una vez muerto y resucitado les comunica como primicia de su nueva vida (Jn 20, 22; Hch 2, 1-4; 4,31).

Si el Padre se manifiesta desde el inicio de la revelación como salvador, y el Hijo es quien lleva a cabo tal salvación en su sentido más pleno y definitivo, se puede decir que en virtud de la promesa de Jesús, de que él estará con sus discípulos todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20), es el Espíritu Santo quien obra la

²¹ CEC 1104.



actualización soteriológica del misterio pascual en el misterio del culto.

Los eventos salvíficos del pasado, determinados por el tiempo, se hacen transhistóricos, es decir tienen la capacidad de hacerse presentes con su fuerza salvadora en cualquier época y en cualquier lugar. Incomprensible para la razón humana (¡como tantas otras verdades que apelan a la pura fe, mientras la razón no pueda iluminarlas más que con una débil luz!), esto es obra del Espíritu Santo, que anima la historia de la salvación desde la creación.

La liturgia lo invoca precisamente en el umbral de la acción más clave de la actualización del misterio pascual: cuando se preparan los dones que serán cuerpo y sangre de Cristo, en la epiclesis sobre el pan y el vino.

El Catecismo dice con razón que “junto con la anámnesis, la epiclesis es el centro de toda celebración sacramental, y muy particularmente de la Eucaristía”²². Si la anámnesis actualiza el misterio pascual por la evocación “in persona Christi”, de la institución del sacramento principal del cristianismo, la epiclesis actualiza en cierto modo el dinamismo salvífico de la presencia divina, tanto en los dones que conmemoran la muerte y resurrección del Señor, como en la invocación del Espíritu sobre la asamblea de los redimidos por el cuerpo y la sangre de Jesús.

El Espíritu es siempre quien renueva, vuelve a crear y rehace lo que en la creación y la criatura se corrompe por obra del pecado y de la muerte. Es quien hace *hoy* de salvación el ayer de condena, de sujeción al pecado y a la muerte.

La liturgia, en su milenaria tradición, ha puesto de relieve el valor del *hoy*, de la actualidad de la presencia del Señor en ella.

“Cuando la Iglesia celebra el Misterio de Cristo, hay una palabra que jalona su oración: ¡*Hoy!*... Este “hoy” del Dios vivo al que el

²² CEC 1106.



hombre está llamado a entrar, es la “Hora” de la Pascua de Jesús, que atraviesa y guía toda la historia”²³.

Las palabras de la liturgia, particularmente el “*hodie*” (*hoy*), dan cuenta de aquella misteriosa contemporaneidad de los acontecimientos salvíficos de Jesucristo con el presente de la asamblea que celebra, tanto en venerables textos antiguos como en otros más recientes²⁴.

La vida glorificada del Resucitado, vivo para siempre, nos permite decir en la liturgia: “Hoy acompaña a tu Iglesia peregrina”²⁵, conscientes de la contemporaneidad de su vida terrena con nuestro caminar de discípulos.

Hoy de la Salvación y Celebración

El pueblo creyente tiene necesidad de experimentar la fuerza salvadora de Dios en su vida. Por eso, una liturgia que no forme a los creyentes en la certeza de esa salvación presente, corre siempre el riesgo de ser una forma sin contenido efectivamente cristiano, es decir, salvífico. El pueblo sencillo, los pobres y sufrientes, siempre han sabido reconocer en la liturgia ese carácter redentor. Lejos de ser una anestesia que por un momento lo sustrae al dolor y al clamor por justicia, fraternidad, salud, alegría, y otras necesidades humanas no satisfechas, la liturgia es fuente de esperanza y experiencia real de la fuerza liberadora de Dios en la vida personal, familiar y social. Las iglesias de los continentes y de los lugares más sufridos saben de la fuerza de una liturgia que anima desde lo más hondo la vida de los creyentes.

²³ CEC 1165.

²⁴ Cf por ejemplo las Antífonas de ingreso de las misas de Navidad. En la misa de la vigilia: “**Hoy** van a saber que el Señor vendrá y nos salvará...”; en la de medianoche: “**Hoy**, desde el cielo, ha descendido la paz...”; en la de la aurora: “**Hoy** brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor,...”. La oración Colecta de la misa del día dice: “Oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad por Jesucristo, concédenos compartir la vida divina de aquél que **hoy** se ha dignado compartir con el hombre la condición humana”.

²⁵ *Plegaria Eucarística V A, en la Acción de Gracias.*

En América Latina, que presenta los claroscuros de los continentes pobres del mundo, la Iglesia sabe celebrar la salvación aún en medio de las dificultades del diario vivir. ¡Cuántas veces nos sorprende la alegría, hondura y esperanza que, especialmente la liturgia de los más pobres, saben expresar. Detrás de ello, sin duda, está la fe en la salvación que Dios regala *hoy*, porque la ha regalado siempre y porque la promete, plena, para el futuro.

La Homilía: “Hoy mismo se ha cumplido la Escritura”

“Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír”. Son las palabras que Jesús dice en Lc 4, 21, cuando termina de leer el texto de Isaías 61,1-2 y 58,6 en la sinagoga de su pueblo, Nazaret. El texto leído, que forma parte de los cánticos del Siervo de Jahvé, presenta en primera persona al consagrado por el Espíritu del Señor que lleva buenas noticias a los pobres y anuncia el año favorable del Señor. Al decir Jesús que esa Escritura se cumple *hoy*, está haciendo presente y actual para sus oyentes, la salvación que Dios ofrece a los pobres, a los presos, a los ciegos y a los oprimidos. Lo que en el texto escrito parece una afirmación teórica, referida a un personaje no identificado, o bien el objeto de una esperanza, se hace ahora real y presente, pone al alcance de la vida concreta y de los sufrimientos conocidos de los oyentes la salvación de Dios, e identifica al salvador con el propio Jesús.

La homilía tiene, en el conjunto de las acciones ministeriales de la liturgia, un rol de primera importancia para el *hoy* de la salvación. Ella no es simplemente una explicación de los textos de la Sagrada Escritura, que permitan comprender lo más precisamente posible el mensaje que quieren transmitir a los oyentes, sino además y sobre todo, la homilía es una iluminación de la vida concreta, del *hic et nunc* de la asamblea celebrativa. Es la homilía la que, en buena medida, se lleva la responsabilidad de hacer consciente la presencia viva del Señor y del Evangelio en la vida del mundo y la actualidad de su salvación. En cierto modo, cada homilía repite las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret: *Hoy* esta palabra de la Escritura se cumple para ustedes, *hoy* es el día de la salvación.

La conciencia de este rol clave de la homilía en la liturgia es un argumento más para que los ministros la preparen con todo el cuidado que requiere. Ante la responsabilidad de contribuir o no a hacer en la celebración la experiencia de *un Dios que salva hoy y aquí*, que da sentido a la vida y al dolor, se comprende por qué una homilía no preparada, o preparada a la rápida, o sin penetración en las lecturas bíblicas, o sin sensibilidad para captar la vida de la asamblea, es una falta pastoral seria.

El Hoy y la Inculturación de la Liturgia

Es precisamente la actualidad del misterio pascual lo que da su fundamento y razón de ser a la inculturación de la liturgia, entendida como el esfuerzo por hacer que su sentido sea plenamente acogido por la asamblea celebrativa, es decir expresado a través de signos, gestos y palabras que para la cultura concreta de ella, hagan lo más claro posible el significado salvífico actual del misterio de Cristo.

“La liturgia es, en cuanto continuación de la obra de salvación, afirmación del primado del misterio de la encarnación. Ella no acontece, en efecto, en la esfera intelectual ni tiene por objeto una contemplación de la divinidad, considerada en absoluto, sino que es más bien una actuación, a través de símbolos e imágenes, de las acciones salvíficas de la redención”²⁶.

El papel de la inculturación es de primera importancia en el empeño de celebrar una liturgia que efectivamente “signifique”, comunique la gracia salvadora, sea auténtica mistagogía, pues sólo una liturgia que exprese y transmita el don de Dios a través de mediaciones aptas a la asamblea que celebra, podrá realmente ser *hoy* de la salvación y no un mero recuerdo o evocación piadosa del misterio de Cristo.

716

²⁶ CASEL, Odo, *Il Mistero del Culto Cristiano* (ed. italiana), Prefacio de Salvatore MARSILI, p.7.

Aún siendo conscientes de que los márgenes de inculturación (o adaptación) del rito romano no son amplios, y de que en el mundo que vivimos hay un gran dinamismo cultural que hace difícil pensar en una liturgia demasiado voluble en sus adaptaciones, es cierto también que la sensibilidad cultural unida a una mayor flexibilidad puede hacer de la liturgia un instrumento mucho más eficaz para la comunicación de la gracia salvadora. Si el misterio de Cristo necesariamente se vierte y se celebra en la ritualidad humana, con sus riquezas y diferencias, con su capacidad simbólica y sus formas artísticas, sus lenguas y mentalidades, sus pueblos e historias diversas, entonces la atención a la cultura y el consecuente esfuerzo de inculturación de las formas litúrgicas del pasado, tanto las de la Iglesia primitiva, hoy más conocidas, como las de la larga tradición cristiana, es un imperativo que asume el dinamismo encarnacional del propio Dios que celebramos. Tal dinamismo es esencial a la fe cristiana y la define hasta el fin del orden de lo creado.

Sólo una liturgia inculturada, o mejor dicho, en permanente inculturación, podrá ser realmente “misterio” cristiano que reproduce y actualiza el misterio pascual de Cristo y hace a los que celebran contemporáneos de los acontecimientos salvadores de Cristo.

Bibliografía

VV.AA., *SCIENTIA LITURGICA, Manuale di Liturgia*, dirigido por Anscar Chupungco, OSB, Ed. Piemme, Casale Monferrato 1998, vol.II, Liturgia Fondamentale.

CASEL Odo, *El misterio del culto en el cristianismo*, Cuadernos PHASE 129, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2002, (original alemán de 1932). Existe también una versión castellana más antigua, *El misterio del culto cristiano*, Ed. Dinor, San Sebastián 1953. Se ha citado también la versión italiana, *Il Mistero del Culto Cristiano*, Ed. Borla, Roma 1960.

KUNZLER Michael, *La Liturgia de la Iglesia*, en AMATECA, Manuales de Teología Católica, Sección quinta, La Iglesia, Vol.X.

MARSILI Salvatore, voz *Teología litúrgica*, en *NUEVO DICCIONARIO DE LITURGIA*, Ed. San Pablo 1983.

Sacrosanctum Concilium, Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, especialmente los números 5 a 10.

Catecismo de la Iglesia Católica, especialmente los números 1099-1107, 1163-1165.

Ecclesia de Eucharistia, Carta Encíclica de Juan Pablo II, 2003.